

Los orígenes culturales de la cognición humana

MICHAEL TOMASELLO

Traducción castellana de Alfredo Negrotto

Jonathan Echeverri Álvarez¹

Universidad de Antioquia

Es trágico que tan pocas personas “posean su alma” antes de morir. Dijo Emerson: “En el hombre nada hay más raro que un acto propio”. Es absolutamente cierto. La mayoría de la gente es otra. Sus pensamientos son ajenos, sus vidas remedos, sus pasiones una cita
Oscar Wilde, Epístola: *in carcere et vinculis* (“*De Profundis*”)

Quien adquiere una enciclopedia no adquiere cada línea, cada párrafo, cada página, cada grabado; adquiere la mera posibilidad de conocer alguna de esas cosas. Si ello acontece con un ente concreto y relativamente sencillo, dado el orden alfabético de las partes, ¿qué no acontecerá con un ente abstracto y variable, *ondoyant et divers*, como la mágica memoria del muerto?

A nadie le está dado abarcar en un solo instante la plenitud del pasado. Ni a Shakespeare, que yo sepa, ni a mí, que fui su parcial heredero, nos depararon ese don. La memoria del hombre no es una suma; es un desorden de posibilidades indefinidas
Jorge Luis Borges, *La memoria de Shakespeare*

Ante la dicotomía obsoleta que opone la naturaleza a la cultura, Tomasello propone el estudio de una tensión dialéctica crucial: la línea individual y cultural del desarrollo cognitivo. El autor expone la necesidad de complementar los estudios filogenéticos de la cognición con una aproximación histórica y ontogenética. Esta idea no es ninguna novedad en los avatares de la psicología moderna. La psicología soviética en los inicios de Siglo XX, liderada por Vigotsky y Luria, articuló su teoría de las denominadas funciones psíquicas superiores en semejantes aproximaciones. Esta necesidad, señalada por Tomasello, tiene como objeto dar respuesta a un enigma evolutivo: la velocidad con la cual la mente humana adquirió características funcionales con implicaciones conductuales de enorme trascendencia. La investigación en paleoantropología demuestra que “las primeras señales convincentes de habilidades cognitivas exclusivas de la especie se verifican sólo en los últimos 250.000 años, con el *Homo Sapiens* moderno” (Tomasello, 2007, p. 14).

¹ Psicólogo egresado de la Universidad de Antioquia. E-mail: jonathanech@gmail.com

El gradualismo de la evolución orgánica por selección natural es demasiado lento para considerarse responsable de dichas manifestaciones. Este es precisamente el enigma a resolver. La hipótesis ofrecida como solución en el texto: la evolución cultural acumulativa. La tesis principal se resume en las siguientes palabras:

(...) cualquier investigación seria de de la cognición humana debe incluir una descripción de esos procesos históricos y ontogenéticos, posibilitados pero de ningún modo determinados por la adaptación biológica de los seres humanos a una forma especial de cognición social. (...) fueron esos procesos –y no, en forma directa, adaptaciones biológicas especializadas –las que crearon muchos, sino todos, los productos y procesos cognitivos más característicos e importantes de la especie *Homo Sapiens* (2007, p. 23).

Estos procesos configuran la evolución cultural en la especie con características biológicas exclusivas. La cultura es ubicua en la conducta de una cantidad considerable de especies animales. Sin embargo, en la cognición humana adquiere matices especiales. La retención de aprendizaje acumulado y la innovación a gran escala son expresiones culturales infrecuentes en el reino animal. La experiencia humana en su desarrollo, desde la infancia, convive entre la convención del aprendizaje acumulado y la posible introducción de novedades en los artefactos culturales de corte material y simbólico que circundan. El fenotipo de un organismo maduro es el resultado de la herencia biológica y cultural que asimila. El autor enfatiza en la herencia cultural de la cognición. Adquisición que no suscita las habilidades básicas de la mente, pero las transforma. Sin dicha transformación el fenotipo, en términos de sus respectivas funciones universales, sencillamente no sería el mismo.

Investigar la mente humana en su dimensión evolutiva sugiere, en los círculos académicos ortodoxos, apelar de inmediato a la actuación en retrospectiva de la selección natural. El objetivo consiste en realizar un inventario de los módulos o facultades universales que han sido esculpidos por este proceso biológico. Por otro lado, la postura de Tomasello indica una clara oposición a esta agenda programática de trabajo. Puesto que desconoce y subestima un orden distinto de evolución biológica, el orden de la evolución cultural. El libro traza una introducción teórica –compuesta por siete capítulos– a la incidencia de esta forma de evolución no sujeta al funcionamiento de la selección natural. La teoría del cambio evolutivo por selección natural, propuesta por Charles Darwin, describe la evolución orgánica de los seres vivos, y las habilidades básicas/universales de la cognición; en cambio, la propuesta histórico/cultural sobre la génesis de la conciencia en Vigotsky señala el funcionamiento de la evolución cultural en la especie humana.

El autor retoma la propuesta teórica de Vigotsky y realiza unas puntualizaciones adicionales a partir de sus investigaciones. La evolución cultural acumulativa, en su expresión histórica y ontogenética, requiere del aprendizaje social y la innovación. Estos dos elementos están apoyados en un “efecto de trinquete” que consiste en lo siguiente: las nuevas generaciones retoman los artefactos previamente diseñados y son exploradas nuevas posibilidades prácticas a partir de éstos. No es indispensable saber con exactitud las propiedades funcionales que hacen permisible la existencia de los artefactos culturales. Basta con reconocer la utilidad intencional de los mismos, y manipularlos ya sea para los mismos propósitos con los cuales han sido convencionalmente usados, o con el fin de crear nuevos

usos u otros artefactos. Por lo tanto, la retención y la novedad impulsan las variaciones permanentes a gran velocidad de la cultura humana. Con serias consecuencias para el funcionamiento de la cognición.

Conforme a estas variaciones vayan surgiendo es de esperar que las generaciones subsiguientes, en términos de la manifestación de una conducta o cognición, experimente modificaciones importantes. Tomasello profundiza en los mecanismos que, desde temprana edad, posibilitan el aprendizaje; y concibe la innovación como una consecuencia indirecta de la cooperación. A esta serie de ideas, claramente Vigotskianas, el autor introduce la relevancia de la comprensión intencional, o el reconocimiento de metas intencionales en el desarrollo cognitivo del infante. El reino animal comparte variadas formas de aprendizaje: la exposición, la intensificación de un estímulo, la mimesis y el aprendizaje emulativo. Dadas las potencialidades biológicas y cognitivas, cada especie aprovecha una u otra posibilidad de aprendizaje. No obstante, la especie humana cuenta con otras posibilidades de aprender sujetas a la comprensión de actos intencionales: la imitación, la instrucción y la colaboración. Estas últimas dimensiones del aprendizaje dependen exclusivamente del reconocimiento intencional.

Es decir, la imitación, la instrucción y la colaboración requieren por defecto la interacción con un semejante sobre la base de escenas atencionales conjuntas. Estas escenas atencionales son el requerimiento cognitivo fundamental para las mencionadas formas novedosas de aprendizaje. Atención conjunta que adquiere una complejidad admirable en la cognición humana expresada de manera social desde temprana edad. Esto es, comprobación (dedicación conjunta en relación a un obstáculo social, entre los 9 y 12 meses); seguimiento (seguir la mirada como forma de aprendizaje imitativo, entre los 11 y 14 meses); y dirección de la atención (señalamiento imperativo o declarativo, entre los 13 y 15 meses). La modalidad de atención, que involucra directamente a los pares, relaciona de forma bidireccional la autocomprensión y la comprensión de los otros. Este acontecimiento ontogenético es llamado "la revolución cognitivo-social de los nueve meses". En palabras del autor:

En general, el argumento es que, al tratar de entender a otras personas, los infantes humanos aplican la experiencia que ya tienen de sí mismos, y esta experiencia de sí mismos cambia durante el desarrollo temprano, especialmente en relación con la experiencia de ser un agente de la propia acción. (...) el resultado directo de esta nueva experiencia es el resultado de una nueva comprensión de los demás. Por lo tanto, este enfoque puede ser considerado una versión de un modelo de simulación en la que los individuos, en cierto sentido, comprenden a otras personas por analogía con ellos mismos –puesto que los otros son "como yo"–, de un modo que no comprenden, por lo menos no de idéntica manera, a los objetos inanimados, dados que estos son mucho menos "como yo" (2007, p. 94).

Este escenario constituye la base para la adquisición de otras habilidades indispensables como: la comunicación lingüística y la representación simbólica; la construcción lingüística y la cognición de los sucesos; y la manipulación discursiva y redescipción representacional. Tomasello dedica a cada aspecto un respectivo capítulo. Asimismo, para dilucidar esta

categoría de análisis básica en el desarrollo –configuración de escenas atencionales conjuntas–, el autor plantea una diferencia gradual entre la cognición de los mamíferos, los primates y seres humanos. Los mamíferos cuentan con el recurso cognitivo de la representación sensoriomotriz para relacionarse con el entorno; los primates tienen una comprensión parcial de las relaciones sociales en las cuales no se involucran directamente; y la especie humana, al igual que los primates, es una especie cuyas acciones son causales e intencionales, pero, a diferencia de éstos, se comprende a sí misma en semejantes términos.

En los demás primates no existe esta habilidad cognitiva que permita distinguir con claridad entre acciones causales e intencionales. La investigación sólo indica que los chimpancés cuentan con una intencionalidad de primer y dudoso segundo orden. Es decir, disponen de creencias y deseos acerca de un objeto o acción, y al parecer creencias y deseos en relación a otras creencias y deseos. Esta distinción de la cognición humana en relación a otras formas de cognición es vital, en tanto que:

Básicamente, esta forma de pensar requiere que un individuo comprenda las relaciones de antecedente-consecuente entre acontecimientos externos en los que no ha participado directamente, cosa que evidentemente los primates son capaces de hacer.

Pero, además, la comprensión de la intencionalidad y la causalidad requiere que el individuo comprenda las fuerzas determinantes que explican “por qué” en estos acontecimientos externos una secuencia antecedente-consecuente particular se produce del modo en que lo hace; y, comúnmente, esas fuerzas determinantes no son fáciles de observar. Esta comprensión parece ser exclusiva de los seres humanos” (2007, p. 37).

La manipulación de estas fuerzas determinantes expone lo que Luria (1980) –en *Introducción evolucionista a la psicología*– caracterizó como una manifestación de la actividad consciente del hombre, que “puede guiarse no por la impresión directa de la situación externa, sino por un conocimiento más profundo de las leyes intrínsecas que hay tras ella; de ahí que haya todas las razones para decir que la conducta del hombre basada en el conocimiento de la necesidad *es libre*” (p. 101). A la manipulación de herramientas, el trabajo social y el lenguaje –condimentos evolutivos que permitieron la emergencia de la conciencia–, se añade un nuevo aspecto: la comprensión intencional. No es permisible trascender con plenitud a la “vida como un remedo”, a las “pasiones como una cita”, o al “desorden de posibilidades indefinidas” de la memoria; al menos la conciencia, con este obrar libre de manipulación, ofrece algunas alternativas; exploradas de manera introductoria en *Los orígenes culturales de la cognición humana* (2007).

Referencia completa del libro:

Tomasello, M. (2007). *Los orígenes culturales de la cognición humana*. Buenos Aires: Amorrortu.